

APRENDER A TRABAJAR

Jorge Yarce

El hombre fue creado para trabajar como el ave para volar (Libro del Génesis)

Si trabajamos sólo para producir resultados externos, sólo “hacemos”. Si trabajamos para interiorizar lo que hacemos, y quedarnos con la operación hecha en nosotros, estamos trabajando de verdad.

Hablo ahora del trabajo en sí mismo como un despliegue de energías humanas para producir bienes o servicios, con o sin valor económico, en cualquier campo de la actividad, y con miras al perfeccionamiento personal y social.

Es decir, el trabajo como ley de vida de toda persona: por eso hay que aprender a trabajar para vivir.

Prepararse para la vida es formarse bien (trabajo formativo) para ejercer una profesión (trabajo productivo).

La persona tiene por misión construir el mundo y esto lo consigue trabajando. El trabajo expresa una relación de dominio frente al mundo, distinta de la relación de coordinación o convivencia con los demás, y de la subordinación a su fundamento, a Dios como creador del hombre.

Lo importante es dejar claro que el trabajo exige una actitud determinante, decidida, inteligente y activa, que compromete a la persona con lo que hace, con quienes trabaja y para quienes trabaja.

El trabajo no es un fin en sí mismo, tiene valor de medio y por eso la persona puede hacer de él un instrumento de perfeccionamiento y de realización personal o de desadaptación vital o insatisfacción.

El trabajo es acción creadora, no pasiva o receptiva.

Exige una actitud que compromete a la persona con el mundo y con las otras personas, abierto a lo trascendente, es decir a lo que va más allá de cumplir una tarea técnicamente bien y obtener un medio de subsistencia.

Reducir el trabajo a su función económica, o a un simple factor que se suma al capital es, por lo menos, falta de visión.

“Proponer al hombre –son palabras de Aristóteles– solamente lo humano significa desconocer la grandeza del hombre”.

El trabajo se puede entender de modo objetivo (en función de lo que produzco) o subjetivo (en función de lo que me produce interiormente).

Cuando pienso en lo que me produce, no desde el punto de vista material, sino desde el punto de vista de mi realización personal, adquiere una trascendencia y una connotación de generosidad.

Eso significa que doy buen ejemplo, no espero sólo una retribución material, y los demás se benefician de todo lo que hago bien.

Aunque yo no tenga la intención de ser generoso, resulto siéndolo en función de las personas que están en relación con el trabajo que realizo.

El impacto favorable que causa en los demás hace que rebose el nivel de satisfacción que yo buscaba.

Puedo hacer mi trabajo objetivamente bien, en cuanto a lo que produzco, pero subjetivamente mal, en cuanto a lo que me produce, por ejemplo, porque no me permite crecer interiormente, porque no sé interiorizar ese trabajo, porque no desarrollo virtudes en él, porque me dejo llevar por el activismo, etc.

No importa cuál sea el trabajo que una persona realiza.

Por insignificante que parezca, tiene el mismo poder realizador en la medida en que se logre interiorizarlo, integrarlo a la vida.

Todo esto depende de una actitud frente al trabajo, del sentido que se da al trabajar, y de lo que finalmente se busca con el esfuerzo que se hace.

El trabajo, por muy importante que sea, sólo es un medio para lograr el fin de la persona, su felicidad.

fatigoso, que produce cansancio físico o psicológico.

Actitud ante el trabajo

“No es el sentirse bien en el trabajo lo que nos hace buenos. Más bien es el volvernos buenos en el trabajo lo que nos hace sentirnos bien respecto de nosotros mismos” (R. O’Connor).

Si el trabajo enriquece a la persona, la hace sentirse mejor, es eficiente (manejo de instrumentos, método) y eficaz (resultados positivos). Cuando tenemos bien claro en la cabeza para qué trabajamos, la finalidad de ese esfuerzo de todos los días, se supera la rutina tediosa, la apatía y la indiferencia.

Un trabajo vivido con una actitud positiva frente a las dificultades se convierte en tarea activa, con espíritu de iniciativa y creadora.

“El trabajo creador resulta de un equilibrio dinámico donde se combinan libertad y necesidad, riesgo y responsabilidad, esfuerzo y satisfacción” (Donatti).

Este equilibrio produce satisfacción y deseo de servir mejor.

Inseparablemente unido a la mejora en el trabajo está el aprovechamiento del tiempo.

La Biblia dice: “Para cada cosa hay su momento; existe un tiempo para todo lo que hay que hacer bajo el cielo”.

El tiempo se aprovecha mejor cuando se establece una jerarquía, un orden sistemático de tareas y necesidades que nos dice lo que debe hacerse primero, segundo... etc.

Es decir, para poder hacer un trabajo de calidad hay que saber administrar bien el tiempo.

Si el trabajo no lleva a la persona a sentirse realizada, a sentir gusto por lo que hace y a la armonía existencial, puede convertirse fácilmente en un “trabajo mercancia”.

En ese tipo de trabajo la persona se siente explotada, o el trabajo se convierte en una rutina despersonalizada o en un hacer incesante y

Algún autor dice que “un quehacer que no nos hace mejores, no nos hará mejorar lo que hacemos”.

La realización personal se logra en la medida en que el ambiente de trabajo positivo es estimulante y generador de un sentido de pertenencia a la organización.

El trabajo tiene un carácter expansivo, es decir, haciendo bien nuestro trabajo hacemos bien a los que nos rodean.

La persona alcanza el desarrollo de su personalidad trabajando.

El trabajo tiene tal valor para ella que es muy difícil concebir su felicidad sin trabajar, cualquiera que sea.

El trabajo debe ser, pues, una tarea que lo mejore interiormente, y que lo expanda en todas sus dimensiones: humana, profesional, cultural, espiritual, social.

Parte importante de ese mismo trabajo es el esfuerzo de uno mismo para integrar todas las facetas del trabajo en la propias vida, confiéndole unidad y dándole sentido.

